



¡CONVERTIDO!

Mi querido Remo: ¿te acuerdas del ruido que metió en Madrid la boda del opulento banquero M...? Nadie podía explicarse como un *recalcitrante* de su género había doblado la cabeza al yugo. Yo, sin embargo, estaba en el secreto, y ahora que ha pasado un año, te lo voy á referir al mismo tiempo que á los amables suscritores del MÁLAGA.

Oyeme atento, porque el relato lo merece.

I.

Una mañana recibió el banquero la visita de su sobrino Jorge. Veinte y cinco años, porte distinguido, fisonomía agradable, imaginación viva: tales eran las señas de Jorge, tanto en lo físico como en lo moral.

—Querido tío, présteme V. atención un momento, porque necesito de toda su indulgencia.

—Vas á pedirme dinero.

—No, señor, vengo á hacerle á V. una confesión.

—Alguna tontería.

—Tío mío, estoy enamorado.

—Ya está ahí la tontería.

—Y quiero casarme.

El banquero dió un salto.

—Casarte! dijo estupefacto.

—Si V. lo permite.

—Yo? jamás.

—Ah! tío: si V. conociera á Eldegonda.

—Una coqueta que te atormentará, que te la pegará y que te arruinará, por aquello de su dote.

—Eldegonda no tiene dote.

—Bueno, pero tendrá blasones, y...

—Eldegonda no tiene blasones: Eldegonda es modista.

El banquero rompió en una sonora carcajada, pero Jorge, la esperaba y no se desconcertó.

—Tío, tres meses hace que conozco á Eldegonda: he tenido por lo tanto tiempo suficiente para estudiar sus gustos, sus costumbres, su carácter; Eldegonda es un dechado de todas las perfecciones.

—Bueno ¿y qué?

—Que si no me caso moriré tísico.

—Bah!

—Palabra de honor.

—Pues elige; mi amistad y mi herencia ó tu amor.

—V. me arroja de su lado, me abandona?

—Hasta que mejor aconsejado vuelvas al redil.

—Ese día no llegará nunca.

—Pues vete al diablo.

II.

Jorge salió de casa de su tío con la cabeza alta y la mirada arrogante, pero bastante contrariado en el fondo: había previsto la resistencia, pero no la inflexibilidad.

Se dirigió á casa de Eldegonda.

—Qué te ha sucedido? exclamó ésta, á penas lo vió entrar.

—Vengo de casa de mi tío.

—Está malo?

—Peor que eso.

—Ha muerto?

—Peor que eso.

—Pues qué te ha hecho?

—Que se opone á nuestra boda.

—Nos pasaremos de su permiso.

—Ah! mi desgraciada Eldegonda, ¿y con qué te mantendré?

—Pero tu no tienes fortuna?

—Ni un cuarto: todo se lo debo á mi tío.

Ambos guardaron silencio un rato.

—¿Me amas, Eldegonda?

—Y lo dudas, Jorge?

—Pues bien, muramos juntos: aun poseo bastante capital para comprar dos onzas de acetato de morfina. Muramos, si, muramos... la tumba será nuestro último refugio.

Eldegonda callaba.

—Morir juntos, siguió diciendo el jóven; cuantas veces nos lo hemos jurado... cumplamos, pues, nuestro destino ¿quieres?

Eldegonda callaba todavía.

Sonaron dos golpes á la puerta.

III.

Eldegonda abrió la puerta, y entró el banquero.

Jorge quedó estupefacto.

—Hágame V. el favor de dejarnos solos, dijo á su sobrino.

Jorge vaciló un momento, pero por si acaso aquella visita era de buen augurio, cogió su sombrero y se fué.

IV.

—Y bien, señorita, estará V. encantada con su obra?

—¿Qué obra? dijo Eldegonda con voz reposada.

El banquero comprendió que aquella jóven era un enemigo formidable, y cambió de tono.

—Yo comprendo que V. no tiene la culpa, y que ese bergante de sobrino ha colocado bien sus amores, pues en cuanto á belleza hay que confesar que la de V. es notable.

—Muchas gracias, dijo Eldegonda sonriendo.

El banquero quiso continuar, pero no supo que decir. La sonrisa de la jóven y un diminuto pié que aparecía bajo la falda, lo turbaban. La conversacion tomó un giro muy diferente; se habló de todo menos de la boda de Jorge, y al despedirse lo hizo el Crespo apretando la mano de la jóven.

V.

A las cinco de la tarde entraba Jorge en casa de su amada.

—¿Qué resultado?

—No hay que desesperar.

—¿Será posible? mi tío consiente?

—No he dicho eso.

—Pero...

—Lo que he querido decir es que tu tío no es tan tirano como tu me lo pintabas.

—Luego tu esperas que cederá?

—Yo creo haberlo eternecido.

—Sí, seguro, no hay quien pueda resistirte.

Esta reflexion hizo brotar una sonrisa en los labios de Eldegonda.

—Jorge, dijo la jóven envolviendo á su amante en una mirada llena de amor; si yo te pidiera ocho dias de sacrificio?

—Mi vida entera, Eldegonda amada.

—Puedo contar contigo?

—Quieres que te lo jure?

—No, con tu palabra me basta. Es necesario que pases ocho dias sin ver á tu tío.

—Conformes.

—Pero durante ese mismo tiempo es menester que dejemos de vernos: te prohibo hasta el paso por la calle.

—Ocho dias sin verte, sin hablarte...

—A ese precio compramos nuestra dicha.

- Pero ocho dias.
- No hay mas remedio.
- Sea, dijo el jóven con voz apenas perceptible.
- Valor, amigo mio, ocho dias pasan pronto.
- Ocho dias sin verte; voy á envejecer de ocho años.
- El amor te rejuvenecerá.

VI.

Una palabra dada á Eldegonda era sagrada para Jorge: de aquí que pasara ocho dias encerrado en su casa, pues si pisaba la calle no respondia de si mismo.

Es mas, como «la prohibicion es causa de apetito», Jorge sentia mas deseos que nunca de ver á Eldegonda.

VII.

Amaneció el noveno dia.

Jorge que no pudo conciliar el sueño; á las seis de la mañana estaba de pié y vestido.

A las ocho de la mañana habia recorrido mil veces sus habitaciones, se habia asomado veinte veces al balcon y se habia parado ante el reló viendo marchar el minuterio, que lo hacia bien lentamente.

Por fin sonaron las nueve, y Jorge juzgó que esta hora era ya muy conveniente para visitar á su amada.

Cogió el sombrero y se echó á la calle.

En dos brincos llegó á casa de Eldegonda.

La portera lo detuvo al subir la escalera.

—A donde va V., don Jorge.

—A ver á Eldegonda.

—Ya no vive aquí.

—Qué? qué dice V.?

—Hace dos dias que se mudó.

—Se ha mudado?...

—Sí, señor; por cierto que ha pagado el mes que debia.

—El mes...

—Sí, señor; pero no ha sido generosa conmigo, á quien tantos favores debe.

—Favores...

—Sí, señor, favores; y luego me ha dado solamente una peseta de propina.

—Una peseta...

Jorge estaba tan aturdido, que solo podia repetir las palabras de la charlatana vieja.

—Vamos, vamos, señora Petra, ¿V. dice que Eldegonda se ha mudado?

—Sí, señor, se ha mudado.

—Y bien, cuales son las señas de su nuevo domicilio?

—Eso es lo que ignoro, porque...

—Por qué?

—Porque no ha querido decirmelo.

—Y no le ha dicho á V. nada?...

—Ah! si, me dijo...

—El qué? acabe V. por Dios.

—Pues me dijo, hasta la vista.

Jorge hundió su sombrero hasta las orejas y de un brinco se puso en la calle, por no estrangular á la vieja.

La señora Petra no ha vuelto en sí todavia del asombro que le causó la ingratitud del jóven, en no darle una propina, á ella que le habia prestado tantos favores.

VII.

—Si, si; ahora me esplico lo que habrá pasado. Ella se creia fuerte contra mi tio, y ha sido todo lo contrario: mi tio habrá apelado á su generosidad, á sus buenos sentimientos, y ella pobre jóven inesperta se ha ocultado. Veremos quien puede mas, señor mio.

Y al pronunciar estas palabras llenas de amenazas, llegaba á casa de su tio.

Llamó con tanta violencia que arrancó el tirador de la campanilla.

Juan, el ayuda de cámara del banquero, salió á abrir la puerta.

—Como! es V. señorito; pues qué, no ha ido V. á acompañar al señor?

—Pero mi tio no está en Madrid? preguntó Jorge estupefacto.

—No, señor; hace tres dias que se marchó á baños, como de costumbre.

—Y á qué baños á ido?

—Yo no lo sé; el señor no me lo ha dicho, como no me lo dice nunca.

Jorge cayó anonadado en una silla.

Su tio ausente: Eldegonda perdida: ni un dato, ni una idea, nada que pudiera ponerlo sobre la pista: su cerebro parecia próximo á estallar.

Al entrar en su casa tuvo que guardar cama, y pasó quince dias preso de una terrible fiebre.

IX.

Trascurrieron seis meses.

Un dia Jorge recibió una esquila de su tio, quien le anunciaba su regreso y lo convidaba á comer.

Feliz con esta prueba de cariño de su tio, que le auguraba una reconciliacion, se dirigió Jorge á la hora indicada á casa del banquero.

—Abrazame, y olvidemos el pasado.

—Es lo mejor, querido tio.

—Sí, es lo mejor; máxime cuando yo no tenia razon.

—Ah! si, tio; V. la tenia: yo era el equivocado.

—No, no, sobrino, era yo.

—Usted?

—Sí, yo. He reflexionado y ahora comprendo lo que vale un amor puro, desinteresado.

—Que dice V. tio?

—Lo que oyes.

—Pues yo por el contrario me he vuelto filósofo.

—Luego ya no te acuerdas de...

—De Eldegonda? ni esto.

—Vamos, veo que eres razonable. Pasemos al comedor.

—Esposa mia, te presento á mi sobrino Jorge.

Jorge se inclinó, saludó y levantó los ojos.

—Cielos! Eldegonda!

Tableau

SANSON.

DESCRIPCION DE UNA HERMOSURA

Es tal tu gracia, Irene, que al probarla da gloria á cuantos mata ya de verla; tu rostro es el de un pez llamado merla, que nace en dos lagunas que hay en Parla.

Tus ojos son de aguja, que al pasarla se pican muchos sastres por meterla; pues lo que es tu nariz, si fuera perla, no hubiera oro en Ofir con que pagarla;

Cierta bola interior tus dientes birla; tu barba, á tener barba, fuera borla del pendon de tu rostro que almas turla.

No sé ya que el amor pueda decirla, y ves aquí tu rostro, aunque sin orla, en barla, verla, birla, borla y burla.

ANÓNIMO.

MÁLAGA

Tres acontecimientos importantes han conmovido la opinion pública en la semana transcurrida (Cuidado que yo cuento la semana desde mi anterior revista).

Uno el atentado contra S. M. el Rey; otro la muerte del dignísimo obispo de esta diócesis, y otro la supuesta actitud de este semanario respecto al teatro de Cervantes.

Pero vamos por partes.

Respecto al primero voy á decir muy pocas palabras.

Mis lectores conocen ya el hecho hasta en sus menores detalles, y nada nuevo podría añadir.

Toda persona honrada; toda persona de sentimientos nobles y elevados; toda persona digna rechaza y rechazará siempre esos inícuos atentados, en que se ataca á un monarca á mansalva y cuando se encuentra mas descuidado y tranquilo, en medio del amor de un pueblo que lo aclama.

Yo solo puedo por lo tanto, unir mis sinceros votos por ver á España libre de tan horrendo crimen, y lamentar que en nuestra nacion, cuna de la hidalguía y de la nobleza, latan corazones tan innobles y rastreros.

El padre Esteban ha muerto:

Esta noticia no es nueva, pero yo debo consignarla en mi crónica, y al ocuparme de ella quiero enviar mi sentido pésame tanto al Ilmo. Cabildo Catedral como á la familia del finado.

El padre Esteban, como se llamaba en el lenguaje familiar, lenguaje que yo encuentro mas grato y cariñoso que los tratamientos, era generalmente estimado de todos y su muerte, en consecuencia, ha sido sentida.

De aquí que Málaga entera se apresurara á dar un último testimonio de consideracion y respeto al hombre sabio y virtuoso que por espacio de diez años ha regido esta diócesis, inundando las calles por donde pasó el féretro, los que por su condicion ó por otras causas cualesquiera no acompañaban el cadáver. Las señoras ocupaban los balcones, y el cortejo fué brillante y lucido.

Hoy solo nos resta impetrar del Dios de las Misericordias acoja su alma en el seno de los justos.

Y vamos á la tercera parte, que siempre ha sido la mas lastimosa.

«El Museo» y con «El Museo» algunas personas, se han empeñado en que yo le hago la oposicion al teatro de Cervantes.

No, hombre, no: yo no hago la oposicion á nadie: hablo segun mi criterio, y pare V. de contar.

He dicho que en el teatro de Cervantes no hay ninguna eminencia del arte, y creo tanto mas justa esta asercion, cuanto que en los artistas de zarzuela no hay ni ha habido nunca, al menos que yo se-

pa, una eminencia: el género y la música no se prestan á ello.

Pero de esto á que yo diga que la compañía es mala, hay mucha distancia.

Yo lo único que he censurado es que las butacas cuesten catorce reales; porque vamos al decir, no hay zarzuela que valga ese dinero.

Pero vuelvo á mi tema: si no vamos al teatro, á dónde vamos?—Los hombres tenemos el Liceo y el café, pero las señoras ¿á dónde van?

De aquí que yo recomiende la asistencia al teatro, máxime cuando la combinacion que proyectaba el Principal ha fracasado.

De la corrida de toros no digo una palabra, á pesar de que podia decir mucho y bueno; porque el ganado fué excelente, las cuadrillas trabajaron bien, y *Chicorro* estuvo como siempre: es decir, hecho un *barbian*.

Pero el público... ¡ay! el público...

GIBRALFARO.

EL DIA DE DEFUNTOS

Cuan triste es hoy el toque
de las campanas.
Cada son que vibrando se pierde,
arranca lágrimas.

Ante un pobre sepulcro
se vé una niña.
Triste llora y un ramo de flores
en él deposita.

De fúnebres crespones
se cubre el templo.
Ya del coro las tiernas plegarias
se elevan al cielo.

Suspende el rezo, madre,
no llores tanto.
¿No me has dicho que vive en la gloria
mi padre adorado?

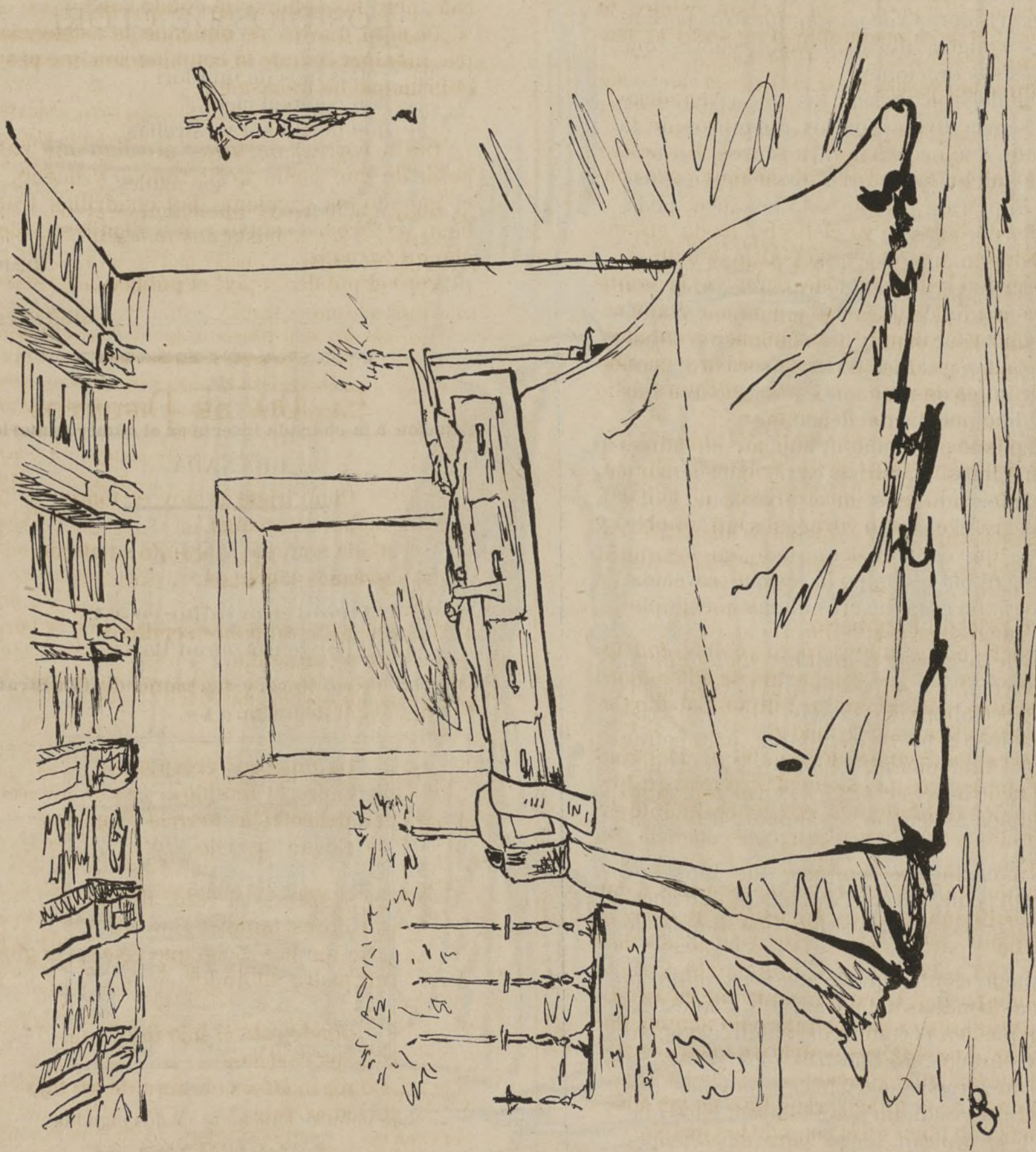
Donde está el hijo mio?
dó sus caricias?
Pobre madre, que mira de un hijo
la cuna vacía!

Con mas flores su tumba
quiero adornarla.
Así presto, pasando los años,
buscaré su alma.

Sin tener quien les rece
hay muchos muertos.
Yo que solo en el mundo me hallo
rezaré por ellos!

REMO.

1878.



EL CADÁVER DE S. E. I. D. ESTEBAN JOSÉ PEREZ

ARZOBISPO COMISIONARIO DE TARRAGONA Y OBISPO DE ESTA DIÓCESIS
EN LA CAPILLA ARDIENTE

EL DIA DE DIFUNTOS

*Miseremini mei,
saltem vos amici mei.*

Tal es el grito, sí, que desde sus profundos calabozos lanzan las benditas ánimas.

Son ellas, sí, que nos llaman; son nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, que claman con desgarradoras voces: son nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros bienhechores que imploran nuestras oraciones.

Son los que dejaron de ser, los que viven alejados de la presencia divina; son los miembros de la iglesia paciente, que necesitan de nosotros, y á nosotros acuden; son los que sufren tormentos esquivos que nos imploran, porque solo nosotros podemos interceder por ellos.

Orad, orad humanos por quien padece y llora: orad, orad con fervor, que nuestras plegarias son precisas; y cada una de nuestras palabras arranca un alma de la horrible pena y del sufrimiento sin límites: orad, orad que el Dios de las Misericordias espera vuestras súplicas para tender su inmarcesible diestra sobre los míseros condenados.

Oh! y como sufre el alma al meditar en tantas angustias, en tantos martirios como encadenan á esos desgraciados, muertos en el abandono. Oh! y como se desgarran el corazón al pensar en los olvidados, en los que confían demasiado, en los que no quieren ver ni oír á tiempo la verdad revelada: ellos serán mañana esas miseras almas que imploran nuestros ruegos.

La Iglesia de Jesucristo, sublime, magnánima, como obra perfecta, nos señala un día para que pidamos muy especialmente por ellos; y el orbe cristiano vuela ansioso al pie de los altares, á impetrar gracia del Dios Omnipotente, del Dios sabio y magnánimo que puede hacer cesar tanto tormento, tanto sufrir, llevándolos al seno de los justos, á la Jerusalem eterna.

Corramos á encher los templos, que Dios nos oye: corramos á pedir, á rogar, á suplicar, que nuestras oraciones son el lábaro santo que limpia de culpa.

Un día ganado es un siglo de inefables venturas para las ánimas benditas del purgatorio; y nuestros corazones no pueden permanecer endurecidos, ni nuestros labios mudos, ni nuestros ojos secos. Se necesita toda nuestra piedad, y los que hoy nos imploran, implorarán mañana por nosotros; y los que ahora nos piden, pedirán luego para sus bienhechores.

Lloremos con San Agustín, al contemplar tanto dolor: lloremos con San Odilon, el santo Abad de Cluni, al contemplar pena tan infinita, porque *no hay pena mayor ni dolor mas horrible que estar alejado de la augusta presencia de Dios trino y uno.*

Quizá no haya en la iglesia devoción mas grande ni obra mas meritoria que la de rogar á Dios por los muertos; ni mas antigua ni mas universal; ni mas noble ni mas digna. Entre ellos están los que fueron nuestra sangre y nuestras afecciones: los que nos hicieron bien y los que nos perdonaron nues-

tras injurias: pidamos por ellos, oremos por ellos que nuestros ruegos y oraciones no serán perdidas: algún día nos recompensarán con creces.

Oíalos como nos llaman; como acuden á nosotros y nos dicen con gritos desgarradores y amargas lágrimas: *Miseremini mei, saltem vos amici mei.*

NINO.

LOS OJOS DE CLORI

Los ojos de mi Clori
son como el cielo,
que tienen sol y estrellas
y luz y fuego
y son azules,
y tienen, ay! que tienen
hasta dos *nubes!*

REMO.

1878

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

GRANADA.

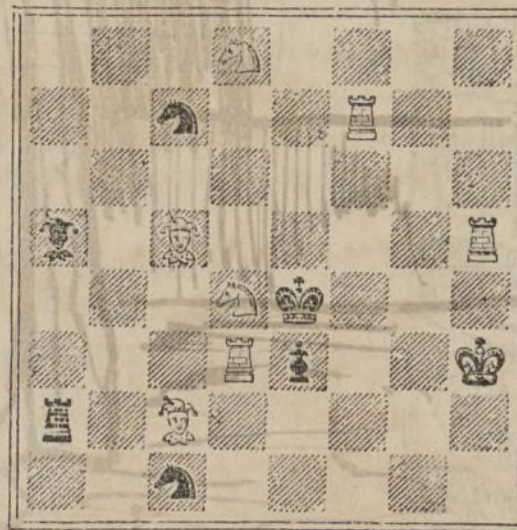
AJEDRÉZ

Problema número 11.

Por Her. Conrad Bayer.

Primer premio en el concurso Internacional de La Stratégie.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 10.

BLANCAS.

NEGRAS.

1 T 4 A	2 D 4 T jaque.	3 C mate.
1 R 4 C	2 R toma D	3 C ó D mate.
1 P toma T	2 C 5 A jaque.	3 juega.

SOLUCIONES EXACTAS.

Sres. D. N. de la Torre; D. B. Hernandez; D. R. Rodriguez; D. M. C. del R.— Las demás soluciones son incorrectas.



—Señorita, el señor sube por la escalera....

TRES ERAN, TRES...

BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuacion)

Un día que, como de costumbre, las acompañaba D. Modesto al salir de misa, pues en tres meses que habían transcurrido, intimaron de tal modo que ya no se separaba nuestro hombre de ellas mas de lo que se separa la sombra del cuerpo, y no habia paseo, ni teatros, ni tertulia, ni café á donde no fuera D. Modesto dando el brazo á D.^a Gertrudis; un día, como iba diciendo, domingo por mas señas, tuvo Eufrosita el capricho de quedarse en casa de unas amigas, y D. Modesto y D.^a Gertrudis llegaron solos al domicilio de la segunda.

Apenas tomaron asiento y apenas D.^a Gertrudis se despojó de los atavíos domingueros, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Ahora que estamos solos, exclamó D.^a Gertrudis, vamos á hablar seriamente y con entera franqueza.

—Como V. quiera, dijo D. Modesto, que comenzaba á alarmarse.

—Nada mas honroso para nosotras que sus visitas de V., pero ¡ay! que el mundo es muy malo.

D. Modesto pegó un bote en su silla.

—Pero que ocurre, señora?

—Ay! D. Modesto, sus visitas de V. tan inocentes, tan gratas, tan amenas, han dado lugar á murmuraciones, y mi honra anda por los suelos.

—Su honra de V?

—Sí, señor, mi honra, mi honra que la aprecio en mas que mi vida.

—Lo creo, señora, lo creo, pero acabe V. por Dios, que estoy sobre ascuas!

—Pues bien, por mucho que me cueste decirse-lo, cumpliré mi deber: D. Modesto, es menester que dejemos de vernos!

D. Modesto palideció.

—Pero por qué?

—Ay! D. Modesto, porque el mundo es muy malo.

—Sí, señora; sí; ya me lo ha dicho V. antes, pero no veo la relacion...

—Pues bien, el vecindario murmura de nosotros, y dice que V.... que yo....

—Qué dice el vecindario?

—Jesus! D. Modesto, si me dá vergüenza.

—Que vergüenza ni que calabazas; ahora no estamos para vergüenzas.

—Pues bien, sí, dicen que nos amamos.

—Que barbaridad!

—Diga V. ¿y por qué es barbaridad?

—Porque sí, señora; porque eso es una barbaridad, y yo por quien vengo á esta casa es por su hija de V., por Eufrosia...

D.^a Gertrudis abrió una boca semejante al buzón del correo.

—Luego no era?... dijo toda asombrada.

—Por V.? no, señora; es por ella, por ella que me ha seducido, y á quien amo...

D. Modesto no pudo seguir, porque el rubor de aquella franca declaracion, hecha en un momento de entusiasmo, le cortó la palabra, poniéndose mas colorado que un pimiento de la Rioja.

D.^a Gertrudis, que en medio de todo, era una mujer de mundo, se repuso fácilmente, y asiendo la ocasion por un cabello, exclamó:

—Ya me habia apercebido de su amor por mi niña, pero no tema V. que le niegue su mano; y ya que tan rendidamente me la pide, se la otorgo.

—Pero, es que...

—Nada, D. Modesto: yo me sacrifico por V.

—Pero si yo...

—Ay! amigo mio, á qué dura prueba pone V. mi corazon de madre: pero por la felicidad de mi hija, no hay sacrificio que yo no me imponga.

D. Modesto sintió vivos deseos de echar á correr; y quizás lo hubiera hecho, sino se hubiera sentido en aquel mismo instante la campanilla de la puerta, y no hubiera entrado Eufrosia, alta, esbelta, risueña, con sus rasgados ojos negros llenos de animacion y de vida y su hermosa garganta desnuda.

D. Modesto quedó estático, mientras D.^a Gertrudis adelantándose á su hija, y cogiéndola de la mano, le decia:

—Ven acá, hermosa, ven acá. D. Modesto acaba de pedirme tu mano, y yo interpretando tus sentimientos y segura del afecto que le profesas, se la he concedido.

Eufrosia, ruborizada, bajó los ojos: D. Modesto quiso protestar, pero al verla tan bella y tan modesta, y sobre todo, al oir que ella le profesaba afecto, le faltó el valor, y calló.

D.^a Gertrudis aprovechó aquel silencio para coger una mano de Eufrosia y poniéndola entre las de D. Modesto, exclamó derramando una lágrima, no sé si de placer ó de pena:

—Hijos míos... que Dios os bendiga!

CAPÍTULO IV.

En marcha.

Cuando el señor de Cienfuegos entró en su casa, se dejó caer en una butaca, mudo, abatido, sin quitarse el sombrero ni abandonar el baston.

Filomena que lo habia seguido hasta el gabinete, daba vueltas en todos sentidos, agitada y nerviosa, pero sin atreverse á romper el silencio.

Por fin D. Modesto dió un suspiro, levantó los ojos del suelo y se quitó el sombrero.

—Pero ¿qué pasa? dijo Filomena, que ya no podía mas y sentia vivos deseos de arañar á su amo.

—¿Qué pasa? dijo D. Modesto mirando fijamente á su doméstica; pasa, Filomena, que me caso.

—¿Que V. se casa? dijo ella en el pasmo de la admiracion y del asombro: ¿que se casa V.? Cá, no, señor, V. no se casa, eso será lo que tase un sastre.

—Chica, chica, que confianzas son esas?

(Continuará)